

Si por cada vez que nuestros imbéciles académicos han llamado poeta, gran poeta y eminente poeta á don Miguel Antonio Caro, se les hubiera hecho pagar una peseta al fisco, tendríamos á estas horas amortizada la mitad de esa enorme deuda producida por las depredaciones de los liberales que nos *gobiernan y administran* desde hace sesenta años.

Y á pesar de habérselo llamado tantas veces, don Miguel Antonio Caro no es poeta, ni medio poeta, ni versificador pasadero.

Y entre amigos, como ustedes y yo, con verlo basta:

«ODA Á LA GLORIA»

El título es capaz de engañar á cualquiera.
Oda á la gloria.

Pues nada: no hagan ustedes caso de títulos. Debajo de ese tan altisonante de *Oda á*

la gloria, no hay más que ocho estrofillas de mala muerte, pedestres y prosáicas como las de otro Catalina cualquiera.

Verán ustedes con qué familiaridad tan llana empieza este bogotano á hablar con la gloria.

«Yo entonces era niño
Cuando entre nubes bellas...»

Al segundo verso ya asoma la oreja... que, en los versificadores académicos, suele sustituir al oído.

Nubes bellas, bes-bell...

Y también asoma el desconocimiento de la sintaxis, en poner *cuando* después de haber puesto *entonces*, como si uno de los dos adverbios no estuviera de sobra.

Pero no hay que parar tan pronto.

«Yo entonces era niño
Cuando entre nubes bellas
Bajar te ví del cielo
Con ímpetu veloz...»

¡Qué ímpetu éste más intempestivo!

«Viste tu manto de púrpura,
Tu corona de estrellas...»

La cual impide á este último renglón ser verso heptasílabo.

Pues aunque tiene siete sílabas bien contadas, no tiene los acentos donde debe tenerlos. A no ser que en vez de corona se diga *córona*.

«Vitimanto de púrpura,
Tu córona de estrellas,
Y resono en mi oído
Tu inolvidable voz...»

¡Inolvidable!...

Más que una *Oda á la gloria*, parece una carta de un soldado á la criada del anterior alojamiento.

Otra estrofa:

«Y aquella imagen vívida
Llevóse mi sosiego:
Salir tú me ordenaste...»

¡Dios mío! ¡Y á esto lo llaman poesía! ¡Salir tú me ordenaste!...

Ya habrán ustedes conocido que el señor Caro es académico.

«Y aquella imagen vívida
Llevóse mi sosiego:
Salir tú me ordenaste
De mi tranquilo hogar...»

Pues vuélvase usted á él; porque esa orden ha debido de ser una orden falsificada: no puede menos. Crea usted que Dios no le llama á

usted á poéticas aventuras; porque Dios, cuando quiere el fin, da los medios, y si hubiera querido que usted fuera poeta, le hubiera dado á usted numen, y no le hubiera dejado á usted tan seco de imaginación como se necesita para hacer esos versos ordenanciles... *salir tú me ordenaste.*

A más de que *esa* que vió usted bajar con *ímpetu*, y que le ordenó á usted salir, seguramente no era la gloria. ¡Qué había de ser!... Sería una pendona cualquiera. ¡Es tan común darle á un tonto gato por liebre! Si hubiera sido la gloria, le hubiera inflamado á usted en su deseo, y le hubiera hecho expresar con más ardor su pasión por ella. Desengañese usted, y vuélvase á casa.

Todo esto le hubiera dicho yo á don Miguel Antonio Caro si le hubiera conocido de joven, cuando acababa de escribir su oda á la gloria. Ahora ya la cosa no tiene remedio.

Porque, como nos decía *El Amigo de los Niños*,

«Es fácil de sofocar
El vicio recién nacido;
Pero después que ha crecido,
No se puede remediar...»

Y, en efecto.

¡Váyanle ustedes ahora á quitar de la cabeza al señor Caro que es un gran poeta, después de habérselo llamado tantas veces la *cla-*

que de ambos mundos, y cuando, por méritos de sus odas á la gloria y de sus traducciones de Virgilio, ha sido nombrado acá, en España, correspondiente de dos Academias, la de la Lengua y la de la Historia, y allá en su tierra nada menos que presidente de la República!

¡Vayan ustedes á decirle ahora al señor Caro que no es poeta, después de haberse pasado en tan halagüeño error lo más florido de su vida!

Sin embargo, no hay más remedio que decirselo, y, para que lo crea, demostrárselo.

Quedábamos á la mitad de la estrofa aquélla de la oda consabida, en que la supuesta gloria ordenó al señor Caro que saliera de su hogar tranquilo, y hay que acabarla. Porque la otra mitad, ó sea la segunda parte, lo mismo que suele pasar en las coplas que venden los ciegos, es más lastimosa que la primera.

La primera parte decía:

«Y aquella imagen *vívida*
Llevóse mi sosiego:
Salir tú me ordenaste
De mi tranquilo hogar.»

Y dice la segunda parte:

«De las tribulaciones
Templar mi alma en el fuego,
Y ver los *yertos* montes,
La soledad del mar.»

Ni poesía ni versos.

Porque el primero no lo es por mal acentuado.

Para que lo fuera, habría que acentuarle y leerle así:

«De lástri-bulaciones...»

Y lo que es poesía... ¡Cuidado con las tribulaciones esas!...

¡Y con lo de ordenarle salir!

Y luego, cuando le hace falta poner un mote á los montes, para llenar la medida, no se le ocurre más que llamarlos *yertos*...

«Salir tú me ordenaste
De mi tranquilo hogar,
De las tribulaciones
Templar mi alma en el fuego,
Y ver los *yertos montes*...»

Que no sé por qué habían de ser *yertos*, ni asonantes de tribulaciones...

«De las tribulaciones
Templar mi alma en el fuego,
Y ver los *yertos montes*,
La soledad del mar...»

De modo que el ver la soledad del mar y los montes *yertos*, ¿ cree usted que es una preparación necesaria para alcanzar la gloria?

¡Qué ha de ser, hombre!

Ya se irá usted convenciendo de que aquélla que le ordenó á usted *salir* y todas esas cosas,

«Salir tú me ordenaste»,

no era la gloria ni asomos de serlo; porque la gloria no ordena bobadas, como esa de ver los *yertos montes*.

Siga usted.

«Y á cantar me obligaste...»

También eso creerá usted que es verso...

Pues no, señor, no lo es.

Para que lo fuera sería menester acentuarle de este modo:

«Y acántar me obligaste.»

Así como al que sigue también habría que acentuarle de nuevo en esta forma:

«Con lévan-tado aliento.»

De otro modo no son versos heptasílabos de oda, que deben tener acentuadas la segunda sílaba y la sexta, sino rengloncitos de siete sílabas.

Leamos toda la estrofa tercera, que dice:

«Y á cantar *me obligaste*
 Con *levantado* aliento,
 Y en *premio me ofreciste*
 Tu divina favor.
 Hoy á buscarme vuelves,
 Yo *conozco ese acento*,
 Y sé de tus miradas
 El mágico fulgor.»

Prosa... Prosa, y mala.

«*Salir tú me ordenaste...*
Y á cantar me obligaste...
Y en premio me ofreciste...
Yo conozco ese acento...»

Yo también conozco ese estilo... Ese estilo pedestre, que es el mismo de los académicos de aquende el Atlántico.

«Yo *cónoz-co* ese acento...»

Así habría que acentuar ese renglón para que fuera verso regular; pero aquel otro del premio, y en *premio me ofreciste*, de cualquier manera que se acentúa, es duro y feo por la reunión de emes.

Y en *premio mofreciste... premio... mo...*
 Adelante con los ripios:

«¡Salve, *virgen gloriosa!*...»

No se llama así más que á las santas vír-

genes canonizadas, señor Caro, y especialmente á la Santísima Virgen María.

¿No le da á usted vergüenza llamar *virgen gloriosa* á aquella pingajona que le ordenó á usted salir,

«Salir tú me ordenaste»,

y ver el mar y los montes *yertos?*

«¡Salve, *virgen gloriosa!*...»

Es decir:

«¡*Salvévir-gen gloriosa*
 De mis sueños de *jorol*
 Yo *tívuel*-ta he esperado
 (*Espérala sentado*)
 Con *févida* inquietud...»

Para un verso que hace usted bien acentuado, como este último, le hace usted metiendo en él un ripio ridículo: llamando *févida* á la inquietud, como podía usted haberla llamado *cándida* ó *sórdida* ó *trémula*.

Esto último, especialmente, sería menos malo.

¡Pero llamar á una inquietud *févida!*...

¡Vamos, hombre!...

Adelante:

«Hoy te miro presente...»

Vuelta á los versitos que no lo son.

«Hoy te miro presente
Y de hinojos te adoro.»

Es decir:

«Hoy *té*miro presente
Y *dí*nojos te adoro,
Radiante de belleza,
De pompa y juventud.»

Los dos únicos versos buenos que hay entre todos los copiados hasta ahora; pues además de tener los acentos en regla, tienen cierto lujo de expresión á que don Miguel no nos tiene acostumbrados ciertamente.

Pero en seguida vuelve á sus prosaísmos y á sus dislocaciones de acentos como antes:

«Óyeme: yo he perdido
De mi vivir la calma.»

Es decir:

«Oyém^e: yo he perdido
De *mí*vivir la calma.»

Y sigue don Miguel diciendo:

«Yo he *súbido* á las cumbres
Más altas de la tierra...»

¿Y qué trae usted con eso?
Ya habrá usted bajado, ¿no es verdad?...
Pues si usted quiere, puede volver á subir...

¿Cree usted que por subir á las cumbres más altas de la tierra se alcanza la gloria literaria?

No, señor. Y la prueba la tiene usted en sí mismo. Usted ha subido, según dice, y, sin embargo, está usted tan lejos de esa gloria, cuanto de ser princesa alemana.

Como que para subir á las cumbres no hace falta más que buen pulmón, y la poesía no está en los pulmones.

¿O lo dice usted eso de la subida á las cumbres metafóricamente, porque ha sido usted presidente de la República de su tierra?

¡Bah! Eso tampoco es *la gloria*, ni significa nada.

Como que aun á la presidencia de repúblicas cincuenta veces más importantes que la de Colombia, sube á lo mejor un Loubet cualquiera.

¿Qué más?

«Rugiendo hallé en los mares
A la sangrienta Guerra,
Y con ella *altercando*
Mi voz tronaba allí...»

¿Altercando con la guerra?... ¡Qué atrocidad! ¡Este hombre no está en sus cabales!...

«Y yo escalé las nubes...»

Bueno: y usted escaló las nubes, ¿y qué?

«Y yo escalé las nubes
Con ala *llamé-ante...*»

¡Ah! ¿Llamó usted antes?... Pues ¡vaya un
escalo entonces! Los escalos se hacen sin llama-
mar, naturalmente.

«Y yo escalé las nubes
Con ala *llameante*
Y visité *sin brújula...*»

Eso sí: eso se lo creo á usted sin que lo ju-
re. Todo cuanto usted haya visitado lo ha de-
bido de visitar sin brújula, cuando menos sin
brújula literaria; porque ni la tuvo, ni la tiene
usted todavía.

Ni la tendrá.

«Y yo escalé las nubes
Con ala *llameante*
Y visité *sin brújula*
La *vacua* inmensidad...»

¡Oh! ¡La vacua! Ya me parecía á mí que
había de venir algún adjetivo de esos *marceli-*
nianos ó *chestinos...*

Ultimo golpe:

«¡Oh! cumple tus promesas;
Alza mi nombre al cielo,
Lleva los *cantos* míos...»

¿A dónde? ¿A la obra?..

Porque como no sea para hacer pared, no
sirven.

«¡Oh! cumple tus promesas;
Alzámi nombre al cielo,
Lleválos cantos míos
Al *último* confín,
Y dales, *incansable*
En tu *radioso* vuelo,
La *heróica* resistencia
De tu *inmortal* clarín.»

¡Sin adjetivos!...

Pero ¿ustedes creen que esta *Oda á la glo-*
ria es la peor composición de don Miguel An-
tonio Caro?...

¡Quiá! Puede que sea la menos mala.

Porque tiene otra á *la estatua del Comenda-*
dor, digo, *del Libertador*, que ¡ya les quiero á
ustedes un recado!...

Aunque no se le voy á dar aquí, sino en
otro artículo.